

CALEIDOSCOPIO DE PALABRAS

Estoy seguro que todos ustedes, los que me leen, han visto no una sino muchas veces un caleidoscopio. Yo lo escribo con C de cónsul y de caballo, otros lo escriben con k de kilo y de kilómetro. Pero el aparatito es igual: un tubo con tres espejos colocados en forma triangular y en un extremo, separado de los espejos por un vidrio delgado, un grupo de piedritas de colores o de pequeños objetos verdes, amarillos, dorados, plateados, azules, anaranjados. Nunca negros. El tubo se tapa con un cartón que tiene un agujerito en el centro por el que vemos lo que pasa adentro. Y eso que vemos es algo maravilloso: figuras que semejan flores de todos colores que al menor movimiento de nuestra mano se transforman en un bosque o en una montaña o en lo que nosotros nos queramos imaginar. Eso sí todo brillante y en arco íris. Creo que de todos mis juguetes de niño es el que más pena me dio perder, no supe cómo ni cuándo. Mi mamá me dijo que la sirvienta lo ha de haber tirado a la basura pues ya estaba viejo. Ya de adulto he comprado varios, para mí y para mis hijos. El único que los disfruta soy yo.

Jamás creí encontrar algo tan simple y al mismo tiempo tan complejo, tan bello como inútil, tan barato como tan fácil de guardar. Cuando me presumen de aparatos electrónicos que hacen esto y lo otro, yo les traigo mi caleidoscopio y les digo que hagan algo parecido de tanta belleza y a precio tan bajo. Siempre gano.

Repito que jamás creí encontrar algo parecido y eso sucedió cuando me casé. También se trata de un tubo que, a diferencia del otro, no tiene tapa ni fondo. Este no nos permite ver colores o formas. Pero si nos permite oír sonidos que salen de él. Sonidos que nunca cesan. Por supuesto que ya se imaginaron lo que es. Sencillamente se trata de la garganta femenina. Un verdadero caleidoscopio de palabras, de sonidos, de ruidos. Un

caleidoscopio que no necesita que lo muevas como el óptico; éste camina solo y no deja de hacerlo un instante. Los sonidos y las palabras, más las segundas que las primeras, tienen diferentes velocidades. A veces las expulsa como explosión de dinamita y otras veces lo hace mansamente, pero, repito, sin parar nunca. Las palabras son más, pero cuando lanza los sonidos mi cuerpo se pone tenso hasta llegar a convulsionarse. Sus sonidos más comunes son la risa, una risa aguda como cuando te inyectan con diez jeringas al mismo tiempo. Sus gritos al ver un ratón o imaginarse que lo vio son inenarrables. Ahí me tengo que colgar de las lámparas de la impresión. Sus ronquidos, pues el caleidoscopio humano nunca descansa, hacen que retiemble la cama y todo el cuarto. Peor, mucho peor es cuando intenta cantar. Yo me tapo los oídos primero con mis dedos, después con algo más grueso como el libro que esté leyendo, sigo con la almohada, el colchón, la cama entera y el tormento no para; sigue, sigue, sigue...

Y por supuesto mi caleidoscopio de juguete tiene otras diferencias con el humano. Ya dije que el primero es sencillo y barato. No creo que deba explicar las diferencias, son tan obvias que no ameritan comentario alguno. Dije del primero que era bello e inútil. Mi mujer también es bella... Bueno, ustedes piensen lo que completa la frase. Sigo con lo de simple y complejo al mismo tiempo. Mi mujer es bien simple, se ríe de cualquier cosa. Lo de compleja lo sacó de la mamá, las dos igualitas. Terminé que el primero es muy fácil de guardar. Mi mujer le encanta estar guardada entre sábanas, sarapes, edredones, cobertor eléctrico, pues dice ser muy friolenta. Guardada horas y horas en que no hace nada, claro, además de emitir sonidos, ruidos y palabras.

Ando en busca de mi nana, la mujer que tiro probablemente a la basura a mi caleidoscopio óptico por ser viejo y posiblemente feo; no la busco para que me lo devuelva, sé que es imposible. La busco para

contratarla y que trabaje en mi casa de tiempo completo. Espero que algún día tire a la basura mi otro caleidoscopio.

Tomás Urtusástegui

Julio 2006